

La información es el poder

CONCHA EDO

FELIPE SAHAGÚN (1998): *De Gutenberg a Internet. La Sociedad Internacional de la Información*. Madrid, Estudios Internacionales de la Complutense, 407 páginas.

Explicar con claridad el entramado internacional de los medios de comunicación a los alumnos de periodismo no es una tarea fácil, pero resulta imprescindible en unos momentos en los que son tantas las noticias que tienen alcance mundial. El autor de este libro —periodista y profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense—, insiste en que el futuro informativo más inmediato exige unos conocimientos suficientes y unas imágenes que reflejen nuestras necesidades y nuestros intereses. Y considera que ni los políticos se han esforzado a tiempo en comprender el significado de los medios, ni la mayor parte de los periodistas han puesto suficiente interés en conocer mejor los entresijos de la política, la diplomacia y la defensa.

Su objetivo es, desde esta perspectiva, pensar las relaciones internacionales, la diplomacia, la defensa, la seguridad, la cooperación y el espionaje desde la información, y se dirige tanto a sus alumnos como a los diplomáticos, militares y agentes de los servicios secretos.

El contenido del libro está dividido en cinco apartados independientes con notas propias que, con criterio amplio, se complementan entre sí. En el primero —“Periodistas, diplomáticos y militares”— se habla del nuevo orden inter-

nacional mediático y se compara a Internet con el descubrimiento de la imprenta en el siglo XV, porque las últimas novedades tecnológicas comunicativas romperán el monopolio de los conocimientos científicos que tienen determinados grupos minoritarios de los países avanzados. Y, además, porque para los corresponsales ya no hay lugares remotos y es impensable una campaña electoral o una guerra sin televisión y sin prensa. Se habla de una nueva diplomacia para la sociedad de la información y se admite que los medios, sobre todo los audiovisuales, son actores e instrumentos decisivos de una sociedad internacional en la que, por el momento, sólo se vislumbra en el horizonte el mantenimiento de la hegemonía de Estados Unidos y Europa.

En “Pantallas de fin de siglo” se presentan los medios antes y ahora, y se ofrecen las pautas para utilizarlos de la manera más eficaz ponderando las decisiones a tomar y los riesgos que comportan. También se incluyen listados de fuentes internacionales y se expone el modo de analizar los hechos con el mayor rigor y con todos los datos posibles.

En la tercera parte, titulada “Información y política internacional”, se establece el perfil de las relaciones internacionales desde el punto de vista de la información, y se explican distintos modelos teóricos estructurales de forma que queda a la vista el proceso que se pone en marcha y el interés de los políticos y de otros actores sociales por controlar la prensa escrita, la radio y la televisión a favor de sus intereses.

En “El cuarto mundial”, una habitación sin paredes, abierta o cerrada, gracias al teléfono, el ordenador, los satélites, la televisión e Internet, se explica la globalización y se establecen unas propuestas para la gobernabilidad global. Y junto a eso, se incide en la relación entre la televisión y la diplomacia, en la mundialización informativa que facilitan las grandes cadenas y en las posibilidades que ofrece Internet, para acabar este apartado con dos puntos: el nuevo sistema de paz y guerra en el que nos vamos a mover y en el futuro previsible para el Estado nación.

Y, por último, en el capítulo “La información, activo estratégico en los conflictos” se estudian la revolución que han provocado las nuevas tecnologías y la aportación de cada medio a la estrategia militar y a los servicios secretos en los distintos países y, más concretamente, en EE.UU.

En resumen, un libro útil para la docencia y para la lectura personal, escrito por un periodista y, por tanto, de lectura fácil, al que se le pueden reprochar un índice demasiado disperso y un abigarrado conjunto de datos, nombres, citas y cuadros que sólo suaviza un poco la costumbre periódística de usar la negrita en los nombres propios.